

CAPÍTULO 9

La semifinal

La semifinal de la Liga de Campeones. El Real fue a Lyon para jugar el primer partido. Nadie marcó y el partido terminó 0 a 0. Luego el Lyon fue a jugar a Madrid.

—Creo que estás listo para jugar de nuevo, Santiago —dijo Van der Merwe—. Pero te pongo en el banquillo.

—Debemos ganar este partido —le dijo Van der Merwe al equipo—. El Real Madrid es un equipo excelente.

Gavin estaba en el equipo porque entrenó mucho y no salió de fiesta todas las noches.

—Otra vez estás jugando bien, Harris —dijo Van der Merwe—. ¡Vamos a marcar buenos goles!

El partido comenzó. Santiago observaba el juego. Gavin chutó la pelota hacia la portería, sin suerte. Luego, el Real ganó un tiro libre. Beckham chutó la pelota. La pelota pasó por delante de la portería. Gavin estaba en el lugar perfecto. La pelota fue a su pie izquierdo y luego a la portería. ¡Un gol fantástico!



—¡Muy bien! —dijo Van der Merwe—. ¡Ahora tú, Santi! Gavin se fue del campo, feliz con su gol. Santi corrió hacia el campo. Después de todos los errores, Santi quería jugar bien. Roberto Carlos le pasó la pelota a Santi.

Santi se giró rápidamente. Dos jugadores del Lyon se quedaron atrás. Santi chutó la pelota y casi entró. Ronaldo le pasó la pelota. Miró hacia arriba, vio el gol y... ¡2 a 0!

Los fans gritaban y bailaban. ¡Estaban contentos! El silbato del árbitro indicó el final del partido. ¡Sí! ¡Estaban en la final de la Liga de Campeones!

Era el sueño de Santi. ¡La mejor final del mundo! Santi lo tenía todo. Jugaba en el Real Madrid. Los fans le querían. Tenía casas en Madrid y en Newcastle. Un Lamborghini. Ropa fantástica.

«¿Por qué me siento vacío?» —se preguntó Santi.

Santi se paseó con el coche por las zonas pobres de Madrid. Le mostró la foto de su madre a todo el mundo.

Un hombre observó la foto.

—¿Eres de la policía? —le preguntó a Santi.

—No. Solo quiero encontrarla —dijo Santi.

El hombre observó el reloj de Santi. —Bonito reloj —dijo—. Creo que la conozco.

Santi le dio su reloj. A cambio, el hombre le dijo dónde vivía Rosa María.

Era de noche. Santi salió del taxi y observó el bar. Estaba nervioso. Abrió la puerta y entró. Todo el mundo dejó de beber. En la puerta estaba el famoso jugador del Real Madrid.

Rosa María se giró y miró hacia la puerta.

—¡Santiago! —dijo en voz baja.

Por un momento, nadie se movió. Luego el futbolista abrazó a su madre. Ella comenzó a llorar.



—Venga, vamos a cerrar el bar —dijo Miguel, su marido. Santiago y su madre se sentaron.

—¿Por qué nos abandonaste? —le preguntó Santi.

—Una noche llegué a casa después de trabajar hasta tarde. Había dos hombres. Me llevaron hacia una pequeña calle. Uno de los hombres era tu tío. Intentó besarme. Corrí hacia la casa. Tu padre estaba allí. Pero no le dije nada. A la noche siguiente, tu tío estaba allí de nuevo. No sabía que hacer. Me fui de casa.

—¿Por qué no volviste a por nosotros?

Santiago —dijo Rosa María—, volví tres semanas más tarde. Ya no estabas allí. Tu padre os llevó a Estados Unidos. Años más tarde, te vi por televisión, aquí, en Madrid. Quise llamarte por teléfono. Pero tuve miedo. Lo siento.

—Todo va a ir bien —dijo él—. ¿Dónde está Enrique? ¡Mi nuevo hermano!

Roz miró el teléfono. Había un mensaje de Santi.

—¡Roz! Conocí a mi madre. Sé que los coches y el dinero no son importantes. Tú y mi familia sí. Lo siento, Roz. Por favor, llámame. Te quiero.

Roz también quería hablar con Santi. «Vamos a tener un bebé» —pensó Roz—. ¡Y Santi no lo sabe!